

REFLEXIONANDO SOBRE EL DESTINO

JOSÉ MARÍA ADÁN GARCÍA

Abogado

La primera frase doctrinal de José Antonio dice así: «Cuando en marzo de 1762, un hombre nefasto que se llamaba Jean Jacobo Rousseau publicó *El contrato social* dejó de ser la verdad política, una entidad permanente. Antes en otras épocas más profundas, los estados eran ejecutores de misiones históricas, tenían inscritas sobre sus frentes y sobre los astros la justicia y la verdad. Jean Jacobo Rousseau vino a decirnos que la justicia y la verdad no eran categorías permanentes de razón, si no que eran, en cada instante, decisiones de voluntad».

Como la voluntad colectiva es, según Rousseau, superior a la conciencia individual, aquella es la que decide que es verdad y que es mentira, si Dios existe, si la patria es un mito, si la religión es o no el opio del pueblo, si la familia es o no una institución burguesa y egoísta a superar y hasta si la naturaleza de los individuos queda determinada o no y en qué medida por el género.

Sin embargo, no se puede pasar a la ligera sobre el valor real de la voluntad individual y de la colectiva.

En principio parece que la profunda reflexión personal, encarándose con la realidad social y con uno mismo, tiene más garantía de llegar a la verdad y a la justicia.

Pero además conviene recobrar las fuentes de ese proceso, cómo se forma la propia convicción, qué condicionantes colectivos tiene, cómo se manifiesta, cómo se manipula, qué efectos produce.

Tiene de por sí unos condicionantes, que si son sinceros impiden su utilización parcial, porque el hombre es sociable por naturaleza y cuando se enfrenta con la verdad no deja de tener presente su familia, su trabajo, la comunidad y la patria en que vive.

Así en toda revisión en conciencia están presentes la historia, la costumbre de la cual –según la jurisprudencia– se crea la ley, el carácter, la misión de la comunidad en que vive...

Si todo ello es así, la conciencia individual tiene mayores garantías de ser verdadera y justa.

Por el contrario, la conciencia colectiva es voluble. Se puede cambiar cada circunstancia, es manipulable. De hecho, lo es todos los días por los poderes y medios de agi-trop y de propaganda, que manejan los partidos políticos, los grupos de presión, las sociedades supra nacionales.

La peor de todo nunca es colectiva, siempre es minoritaria respecto a la población total, incluso en relación con los otros partidos o grupos y puede construir mayorías frankenstein, incluso por interés de las tendencias más dispares.

Esto ha ocurrido por la degeneración del sistema democrático y la exclusividad como sistema de representación de los partidos políticos.

Clamor ya mundial y especialmente europeo que proclama la necesidad de diversificar los cauces de participación y regular su funcionamiento.

La evolución histórica del pensamiento de Jean Jacques Rousseau, ha diferenciado Europa y España haciendo a esta, objeto prioritario del ataque persistente para su disolución.

Efectivamente en Europa se produce una continuidad ideológica liberal, el pensamiento en torno a la Enciclopedia, Montesquieu, Dolambert, Voltaire... se producen fenómenos históricos trascendentes la Revolución francesa, las guerras de religión, la decadencia de los imperios, el protestantismo.

En España por el contrario se consolida el sentido religioso de la vida y sobre todo la misión universal de España, que llega a concebirse como «El brazo armado de la iglesia».

Esto es así porque desde su nacimiento ha estado fusionada con la defensa de los valores religiosos del catolicismo.

Efectivamente, ya con Recaredo se constituye (concilio de Toledo) el primer reino cristiano de Occidente y San Idelfonso escribe *Landes hispaniae*; luego siguen 8 siglos de reconquista, con la religión como estandarte; sigue el descubrimiento y evangelización de América, con la evangelización como divisa, continúa con la decisiva batalla de Lepanto; la lucha de los tercios contra el protestantismo... y llega a las guerras civiles (Dios, Patria y Rey) en la que se reafirman los valores nacionales y de forma muy notoria el patriotismo y la fe.

Así lo refleja ese genio de la historia popular, Benito Pérez Galdós en sus *Episodios Nacionales*.

Aunque hasta las tres guerras carlistas (Dios, Patria y Rey) y la guerra civil en la que los dos bandos, dan muestra de valor y patriotismo y en la que es vencido el comunismo que intentaba cambiar la idiosincrasia del pueblo español.

Del lado de la fe una legión de cristianos, vilmente asesinados sin otro delito. El franquismo intenta institucionalizar la misión de España en lo universal y promover el patriotismo.

Así ocurría hasta en la posguerra, cuando las juventudes se emocionaban cantando himnos patrióticos como el de la Academia de Infantería «entonemos el himno sacrosanto de la fe, la patria y el honor». Tres exigencias espontáneas y reiteradas durante siglos y en cualquier circunstancia por nuestro pueblo. O aquel otro de los marineros, «por ti Patria, por ti sola la vida a los mares di».

En el orden de la cultura, esta trayectoria se proyecta sobre la sociedad. Teología, filosofía, literatura y ciencias, especialmente la medicina y la navegación.

El primer libro de la literatura castellana, es *Loor a Nuestra Señora*. Los santos españoles adquieren una dimensión universal. San Millán, San Vicente, Santa Teresa, San Ignacio...

Así lo exponen para su constancia, Juan Luciano Balmes, Marcelino Menéndez Pelayo (*La ciencia española*), Ramón Menéndez Pidal (*Los orígenes de España*) y José Ortega y Gasset que en la *Revolución de las masas* y casi como consecuencia *La España invertebrada*, predice la ofensiva contra la hasta hace poco predominante en torno a nuestro destino universal...

Esta singularidad histórica, acompañada por su poder de proyección universal y de su apoyo a la iglesia católica y este estilo de vida que descansa en la fe, la patria y el honor, despierta desde su origen una fuerte oposición. El socialismo internacional, las sociedades que aspiran al poder internacional, el populismo, el islamismo y el marxismo ven en el destino nacional de España y las convicciones mayoritarias de su pueblo, una fuerte resistencia a sus objetivos, que ya han sido derrotados alguna vez.

Es necesario reflexionar, desde nuestro tiempo y desde la realidad, cual debe ser nuestra respuesta.

Nuestra respuesta no puede ser, continuar siendo «el brazo armado de la iglesia». En primer lugar, porque la propia Iglesia ha renunciado a necesitar cualquier brazo armado y por el contrario propugna una convivencia sin límites.

Nuestra respuesta no puede ser distinta de la europea, en cuya comunidad estamos integrados y cuyos valores compartimos. Europa representa la libertad, la democracia, la defensa común, la estabilidad, tiene los mismos problemas de estructura y representación del sistema que nosotros.

Nuestra respuesta no puede ser, la renuncia a nuestra misión espiritual, ni a nuestro estilo peculiar. Es necesario intensificar nuestra concreción con la Patria, mediante un proceso de reafirmación de nuestros valores y tradiciones mediante su propagación educativa y los medios de comunicación, como así mismo nuestra proyección en el mundo.

Si perdemos nuestra unidad de destino y nuestra forma de ser, nos disolveremos en la nada ¿Qué seremos?

Todo ello requiere un proceso ingente de reformas, empezando por las institucionales que refuercen la democracia, diversifiquen los cauces de representación, que termine con el exclusivismo representativo de los partidos, que regule su funcionamiento, que impida pactos frankenstein, que garantice la independencia de poderes y el respeto y cumplimiento de la constitución, que propugne la justicia social como objetivo prioritario.

Es apremiante tarea para todos.